

man y susceptible de una traducción análoga. Autorizarían esta hipótesis tres circunstancias: la cuasi identidad de los jeroglíficos, el hecho ya mencionado de que otros nombres han perdido también la vocal ó sílaba inicial, y muy particularmente el estar situada la ciudad de Colima sobre el río de su nombre.

Los ejemplos citados creemos que tal vez son suficientes para demostrar como aun en los casos más refractarios á las indagaciones etimológicas, puede llegarse á resultados más satisfactorios buscando preferentemente los elementos de los nombres en la fisiografía, porque de esa fuente sacaron los primeros pobladores ó descubridores las denominaciones que impusieron á los lugares en la mayor parte de los casos, y remontándose si es necesario á los orígenes de la lengua náhoa para rastrear aquellas radicales perdidas ó poco usadas en el lenguaje corriente que no es fácil hallar en los vocabularios usuales. Acerca de las relaciones entre el mexicano y el sanscrito, que incidentalmente hemos venido señalando en el curso de este trabajo, daremos un estudio comparativo especial para el que tenemos aglomerados interesantes y copiosos elementos texicográficos, después de concluir en el próximo artículo estos breves apuntamientos sobre la toponomatografía náhoa, es decir, el arte con que los antiguos habitantes de nuestras comarcas impusieron nombres á los lugares según sus caracteres.

V. REYES.

EL NEGRO FALUCHO.

Duerme el Callao. Ronco són
Hace del mar la resaca,
Y en la sombra se destaca
Del Real Felipe el torreón.
En él está de facción,

Porque alejarle quisieron,
Un negro, de los que fueron
Con San Martín, de los grandes
Que en las pampas y en los Andes
Batallaron y vencieron.

Por la pequeña azotea,
Falucho erguido y gentil,
Echado al hombro el fusil,
Lentamente se pasea;
Piensa en la patria, en la aldea
Donde dejó el hijo amado,
Donde su dueño adorado
Le aguarda, triste y llorosa;
Y en Buenos Aires la hermosa,
Que es su pasión de soldado.

Llega del fuerte á su oído
Rumor de voces no usadas,
De bayonetas y espadas
Agudo y áspero ruido:
Un ¡viva España! seguido
De un otro viva á Fernando;
Y está Falucho dudando
Si dan los gritos que escucha
Sus compañeros de lucha,
O si está loco ó soñando.

Desde los Andes, el día,
Que ciñe en rosas la frente,
Abierta el ala luciente
Hacia los mares caía,
Cuando Falucho, que ansía
Dar un viva á su manera,
Como protesta altanera
Contra menguadas traiciones,
Izó, nervioso, á tirones,
La azul y blanca bandera.

—“¡Por mi cuenta te despliego,
Dijo airado, y de esta suerte
Si á tus piés está la muerte,
A tu sombra muera luego!”
Nació el sol: besos de fuego
Dióla en rayos de carmín;
Rodó el mar desde el confín
Un instante estremecido;
Y en la torre quedó erguido
El negro de San Martín.

No bien así desplegados
Nuestros colores lucían,
Por la escalera subían
De tropel los sublevados.
Ven á Falucho, y airados
Hacia él se precipitan:
—“¡Baja ese trapo, le gritan,
Y nuestra enseña enarbola...!”
¡Y es la bandera española
La que los criollos agitan!

Dobló Falucho, entretanto,
La oscura faz sin sonrojos,
Y ante aquel crimen, sus ojos
Se humedecieron en llanto.
Vencido al punto el quebranto,
Con fiero arranque exclamó:
—“¡Enarbolar *esa* yo
Cuando está aquella en su puesto!”
Y un juramento era el gesto
Con que el negro dijo: “¡No!”

Con un acento glacial
En que la muerte predicen,
—“Presenta el arma, le dicen,
Al estandarte real.”
Rotos por la orden fatal

De la obediencia los lazos,
Alzó el fusil en sus brazos
Con un rugido de fiera,
Y contra el asta bandera
Lo hizo de un golpe pedazos.

Ante la audacia insolente
De esa acción inesperada,
La infame turba, excitada,
Gritó: —“¡Muera el insurgente!”
Y asestados al valiente
Cuatro fusiles brillaron...
—“¡Ríndete al Rey!” le intimaron;
Mas como el negro exclamó:
—“¡Viva la patria, y no yo!”
Los cuatro tiros sonaron!

Uno, el más vil, corre y baja
El estandarte sagrado,
Que cayó sobre el soldado
Como gloriosa mortaja.
Alegres dianas la caja
De los traidores batía;
El Pacífico gemía
Melancólico y desierto;
Y en la bandera del muerto
Nuestro sol resplandecía.

RAFAEL OBLIGADO.*

Buenos Aires, 1889.

* El insigne poeta argentino, autor de la composición que hoy engalana la *Revista Nacional* es, acaso, entre los de Sud América, el más conocido y admirado hoy en México. No necesitamos, por lo mismo, presentarle á nuestros lectores; pero sí decimos con legítima complacencia que *El Negro Falucho* es la primera poesía inédita del egregio autor, publicada en esta capital.

LA DIRECCIÓN.

ABEJA.

CAPITULO I.

QUE TRATA DE LA FIGURA DE LA TIERRA Y SIRVE DE INTRODUCCIÓN.

El mar cubre hoy el suelo donde estuvo el ducado de los Clarides. No hay vestigio de la ciudad ni del castillo. Pero se dice que á lo ancho de una legua mar afuera se ven, en los días de calma, enormes troncos de árboles, de pie en el fondo de las aguas. Un lugar que en la playa sirve de puerto á los aduaneros, se llama todavía l'Echoppe-du-Tailleur. Es muy probable que este nombre sea un recuerdo de cierto maestro Juan, de quien se habla en nuestro relato. El mar, que avanza todos los años por esta costa, cubrirá pronto ese lugar que tan singular nombre lleva.

Tales cambios están en la naturaleza de las cosas. Las montañas se hundén con el curso de las edades; el fondo del mar al contrario, se levanta y lleva hasta la región de las nubes y de los hielos, las conchas y las madreporas.

Nada es estable. La forma de las tierras y de los mares cambia sin cesar. Sólo el recuerdo de los afectos y de las formas, atraviesa las edades y hace presente para nosotros aquello que dejó de existir hace mucho tiempo.

Al hablaros de los Clarides, á un pasado muy lejano quiero remontaros. Comienzo:

Cuando la condesa de Blanchelande se hubo puesto sobre sus cabellos de oro una caperuza negra bordada de perlas.....

Pero, antes de proseguir, suplico á las personas graves que no me lean. No está escrito esto para ellas. Tampoco lo está para los espíritus razonables que menosprecian las bagatelas y quieren que se les instruya siempre. No me atrevo á ofrecer esta historia sino á los que desean que se les divierta, y cuyo carácter es á veces joven y regocijado. Sólo me leerán, hasta el fin, aquellos á quienes satisfacen las diversiones llenas de inocencia. A éstos les ruego hagan conocer mi

Abeja á sus hijos si son niños todavía. Desearía que este relato agradara á los jóvenes y á las jóvenes, pero á decir verdad, no lo espero. Es muy frívolo para ellos y bueno solamente para los muchachos de antaño. Tengo una aventajada vecinita de nueve años, cuya biblioteca particular examiné el otro día. Encontré muchos libros sobre el microscopio y los zoófitos, así como muchas novelas científicas. Abrí una de las últimas y tropecé con estas líneas: "La jibia, *Sepia officinalis*, es un molusco cefalopode, cuyo cuerpo contiene un órgano esponjoso con trama de quilina asociada á carbonato de cal." Mi linda vecinita encuentra esta novela muy interesante. Le suplico, si no quiere martarme de vergüenza, que no lea jamás la historia de *Abeja*.

CAPITULO II.

DONDE SE VE LO QUE LA ROSA BLANCA ANUNCIÓ A LA CONDESA DE BLANCHELANDE.

Habiéndose puesto sobre sus cabellos de oro una caperuza negra bordada de perlas, y anudado á su talle los cordones de las viudas, la condesa de Blanchelande entró en el oratorio donde tenía la costumbre de rezar todos los días por el alma de su marido, muerto en combate singular por un gigante de Irlanda.

Aquel día vió una rosa blanca sobre el cojín de su reclinatorio: á su vista, palideció; se veló su mirada; inclinó la cabeza y enclavijó las manos. Porque sabía que cuando una condesa de Blanchelande va á morir, encuentra una rosa blanca sobre su reclinatorio.

Conociendo por esto que había llegado la hora de abandonar este mundo, donde había sido en tan pocos días, esposa, madre y viuda, fué al aposento en que dormía su hijo, Jorge, bajo el cuidado de los criados. Tenía tres años; sus largas pestañas formaban una sombra encantadora sobre sus mejillas, y su boca semejaba una flor. Ella al verlo tan pequeño y tan bello, se puso á llorar.

—Hijito mío, le decía con voz apagada, tu no me conocerás y mi imagen va á borrarse de tus dulces ojos. Sin embargo, te he nutrido

con mi leche, á fin de ser completamente tu madre, y he rehusado por tu amor la mano de los mejores caballeros.

Diciendo esto, besa un medallón en que estaba su retrato y un bucle de sus cabellos, y lo coloca en el cuello de su hijo. Entonces una lágrima de la madre cae sobre la mejilla del niño, que se agita en su cuna y se frota los párpados con sus manecitas. Pero la condesa vuelve el rostro y huye del aposento. ¿Cómo dos ojos que iban á apagarse podrían soportar el brillo de dos ojos adorados, en los que el espíritu comenzaba á despuntar?

Hizo ensillar un caballo, y seguida de su escudero Francœur, se trasladó al castillo de los Clarides.

La duquesa de Clarides abrazó á la condesa de Blanchelande:

—Querida mía, qué buena fortuna os trae?

—La fortuna que me trae no es buena; escuchadme, amiga. Nosotras fuimos casadas con pocos años de diferencia, y llegamos á ser viudas por un suceso semejante. Porque en estos tiempos de caballería los mejores perecen los primeros, y es preciso ser monje para vivir mucho tiempo. Fuisteis madre, dos años después lo fui yo. Vuestra hija Abeja es bella como el día y mi pequeño Jorge no es malo. Yo os amo y vos me amáis. Pues bien, sabed que he encontrado una rosa blanca sobre el cojín de mi reclinatorio. Voy á morir; os dejo á mi hijo.

La duquesa no ignoraba lo que la rosa blanca anuncia á las señoras de Blanchelande. Se puso á llorar y le prometió, en medio de las lágrimas, educar á Abeja y á Jorge como hermanos, y no darle nada al uno sin que el otro tuviera la mitad.

Entonces teniéndose abrazadas, las dos mujeres se acercaron á la cuna, en la que, bajo cortinas azules como el cielo, dormía la pequeña Abeja, que sin abrir los ojos agitó sus bracitos. Y, como desviara los dedos, se vieron salir de cada manga cinco pequeños rayos de luz color de rosa.

—Él la defenderá, dijo la madre de Jorge.

—Y ella lo amará, respondió la madre de Abeja.

—Lo amará, repitió una vocesita clara, que la duquesa reconoció por la de un espíritu, que habitaba desde hacía mucho tiempo bajo una piedra de la chimenea.

Al regresar á su mansión, la dama de Blanchelande distribuyó sus joyas entre sus mujeres, y habiéndose hecho ungir con esencias per-

fumadas y vestir con sus más bellos trajes, con el objeto de honrar este cuerpo que debe resucitar el día del juicio final, se acostó en su lecho y se durmió para no despertar más.

CAPITULO III.

DONDE COMIENZAN LOS AMORES DE JORGE DE BLANCHELANDE Y DE ABEJA
DE LOS CLARIDES.

Contrariamente á la suerte común, que es tener más bondad que belleza, ó más belleza que bondad, la duquesa de los Clarides era tan buena como bella, y tan bella que, sólo por haber visto su retrato, los príncipes la pedían en matrimonio. Pero á todos los pretendientes respondía:

—No tendré más que un marido, porque no tengo más que una alma.

Sin embargo, después de cinco años de luto, se quitó su largo velo y sus negros vestidos, con el objeto de no amargar el gusto de aquellos que la rodeaban, y para que pudieran sonreír y alegrarse libremente en su presencia. Su ducado comprendía una gran superficie de tierras, con eriales en los que el matorral cubría una extensión desierta; con lagos en que los pescadores aprisionaban peces, de los cuales algunos eran mágicos, y con montañas que se elevaban en soledades horribles, arriba de las regiones subterráneas habitadas por los Enanos.

Ella gobernaba á los Clarides por los consejos de un viejo monje, escapado de Constantinopla, el cual, habiendo visto muchas violencias y perfidias, creía poco en la sabiduría de los hombres. Vivía encerrado en una torre con sus pájaros y sus libros, y, desde allí, llenaba su oficio de consejero conforme á un pequeño número de máximas. Eran sus reglas: "No poner nunca en vigor una ley que ha caído en desuso; ceder á los votos de los pueblos por temor á las sediciones, y ceder lo más lentamente posible, porque, cuando una reforma está acordada, el público reclama una nueva, y lo que es derribado por haber cedido muy pronto, lo es también por haber resistido mucho tiempo."

La duquesa lo dejaba en libertad, no entendiéndola ella misma nada

de política. Era compasiva y, no pudiendo estimar á todos los hombres, abogaba por aquellos que tenían la desgracia de ser malos. Ayudaba á los desgraciados de todas maneras, visitando á los enfermos, consolando á las viudas y recogiendo á los pobres huérfanos.

Educaba á su hija Abeja con una sabiduría encantadora. Habiendo acostumbrado á esta niña á no tener otro gusto que hacer el bien, ningún placer le negaba.

Esta mujer excelente cumplió la promesa que le había hecho á la pobre condesa de Blanchelande. Sirvió de madre á Jorge, y no estableció ningún punto de diferencia entre Abeja y él. Crecieron juntos, y Jorge encontraba de su gusto á Abeja, aunque muy pequeña. Un día, estando aún en los primeros años de su infancia, él se acercó á ella y le dijo:

—¿Quieres jugar conmigo?

—Quiero, dijo Abeja.

—Haremos pasteles con la tierra, dijo Jorge.

Y los hicieron. Pero como Abeja no hiciera bien los suyos, Jorge le pegó en los dedos con su pala. Abeja gritó mucho, y el escudero Francœur, que se paseaba en el jardín, dijo á su joven amo:

—Pegar á las señoritas, no es propio de un conde de Blanchelande, monseñor.

Jorge tuvo ganas de cruzar su pala á través del cuerpo del escudero. Mas la empresa presentaba dificultades insuperables, y se resignó á ejecutar una cosa más fácil, que fué darse en la nariz contra un grueso árbol y llorar abundantemente.

Mientras tanto, Abeja tenía cuidado de contener sus lágrimas metiéndose los puños en los ojos; y en su desesperación se frotaba la nariz contra el tronco del vecino árbol. Cuando la noche vino á cubrir la tierra, Abeja y Jorge lloraban todavía, cada uno frente á su árbol. Fué preciso que la duquesa de los Clarides tomara á su hija con una mano y á Jorge con la otra, para conducirlos al castillo. Tenían los ojos rojos, la nariz roja, las mejillas encendidas; suspiraban y lloriqueaban hasta partir el alma. Comieron con buen apetito; después, á cada uno, se les colocó en su cama. Pero salieron como pequeños fantasmas, ya que la vela se había apagado, y se abrazaron en camisa de noche, con grandes carcajadas.

Así comenzaron los amores de Abeja de los Clarides y de Jorge de Blanchelande.

CAPITULO IV.

QUE TRATA DE LA EDUCACIÓN EN GENERAL Y DE LA DE JORGE EN PARTICULAR.

Jorge creció en el castillo al lado de Abeja, á quien llamaba hermana, por amistad, porque bien sabía que no lo era.

Tuvo maestros en esgrima, equitación, natación, gimnasia, baile, montería, cetrería, pelota, y en general en todas las artes. Tenía asimismo un maestro de escritura. Este era un viejo clérigo, de maneras humildes pero de mal fondo, que le enseñaba diversas escrituras tanto menos legibles cuanto más bellas. A Jorge poco le agradaba ésto, y por consiguiente sacaba poco provecho de las lecciones del viejo clérigo, así como de las de un monje que profesaba la gramática en términos bárbaros. Jorge no podía concebir el que se tomara uno el trabajo de aprender una lengua, que se habla naturalmente y que se llama materna.

Sólo se complacía con el escudero Francœur, quien, habiendo cabalgado mucho por el mundo, conocía las costumbres de los hombres y de los animales; describía toda clase de países y componía canciones que no sabía escribir. Francœur fué de todos los maestros de Jorge el único que le enseñó algo, porque fué el único que lo quiso verdaderamente, y no hay mejores lecciones que aquellas que se dan con amor. Pero los dos de los anteojos, el maestro de escritura y el maestro de gramática, que se odiaban mutuamente con todo su corazón, se unían sin embargo, en un odio común contra el viejo escudero á quien acusaban de borrachera.

Es verdad que Francœur frecuentaba un poco la taberna de Pot-d'Étain. Ahí olvidaba sus penas y componía sus canciones. Seguramente obraba mal.

Homero componía versos todavía mejores que los de Francœur, y Homero no bebía sino el agua de las fuentes. En cuanto á penas, todo el mundo las ha tenido, y el que logra hacerlas olvidar, no es por el vino que bebe, sino por la felicidad que ha comunicado á otros. Pero Francœur era un viejo encanecido bajo los arneses, fiel, lleno de méritos, y los dos maestros de escritura y de gramática, deberían disimu-

lar sus debilidades en vez de hacer á la duquesa una relación exajerada.

—Francœur es un borracho, decía el maestro de escritura, y cuando vuelve de la taberna de Pot-d'Etain hace al andar una S sobre el camino. Es la única letra, entre todas las otras, que ha trazado; porque este borracho es un asno, señora duquesa.

El maestro de gramática añadía:

—Francœur canta, y balbucea, canciones que pecan contra las reglas y no están hechas sobre ningún modelo. Ignora la sinécdoque, señora duquesa.

La duquesa sentía un disgusto natural por los pedantes y los delatores. Hizo que cada uno de los maestros estuviera en su lugar: no los escuchó más; pero, como commenzaron de nuevo con sus relaciones, concluyó por creerlos y resolvió alejar á Francœur. Sin embargo, para darle un destierro honroso, lo envió á Roma á buscar la bendición del papa. Este viaje era tanto más largo, para el escudero Francœur, cuanto que muchas tabernas, frecuentadas por músicos, separaban el ducado de los Clarides de la sede apostólica.

Se verá, por el curso del relato, que la duquesa se arrepintió, muy pronto, de haber privado á los dos niños de su guardián más seguro.

ANATOLE FRANCE.

[Continuará.]

LETRAS Y CIENCIAS.

¿La biografía del Dante descansa sobre hechos comprobados?—Los estudios dantescos han tenido en Italia, durante los últimos años, considerable desenvolvimiento; la creación de dos cátedras nuevas para estudiar al Dante en Roma y Nápoles, el año pasado, y que aún no están provistas, va á dar nuevo impulso á los trabajos dantescos.¹ Hase

¹ El gran poeta italiano Carducci fué nombrado por el rey Humberto para desempeñar la cátedra de Roma.—Carducci no admitió, por razones políticas, según dicen, pues es un republicano exaltado; pero abrió el curso con una magnífica conferencia: no está designado aún su sucesor.

constituido en Florencia una sociedad dantófila, bajo la dirección del alcalde de la ciudad, y se anuncia la aparición próxima de una *Revisita* destinada exclusivamente al poeta de la *Divina Comedia*. No son coleccionadores ó maniáticos solamente quienes á este estudio á la vez apasionado y minucioso se consagran, sino los más conspicuos críticos de la notable escuela contemporánea en Italia, los Bartoli, los del Lungo, los d'Ancona, los Villari, los Scartazzini, etc. Y es que no se trata de estudiar tan sólo tal ó cual detalle, ó comprobar tal ó cual hecho dudoso, ó explicar este ó el otro pasaje difícil del Paraíso ó del Purgatorio. Aunque á propósito del Dante se han escrito bibliotecas enteras, parece que aun no es conocido: su biografía mil veces escrita, está por hacer todavía: su figura se eclipsa detrás de la bruma de la incertidumbre; es el centro de una leyenda que casi no tiene otra base que la imaginación de quienes poco á poco la han formado. De modo que el trabajo de la crítica es ante todo destructivo: sus primeras investigaciones rematan en una negación. Indicaremos brevemente los resultados y el carácter de esta ardua labor.

No es difícil darse cuenta de por qué es casi imposible establecer la biografía de Dante: uno solo de sus contemporáneos, el cronista Juan Villani, nos ha dejado algunas noticias sobre él, precisas, pero tan breves, que más corto resulta transcribirlas que resumirlas:

“En el mes de Julio del año de 1321, murió Dante, en la ciudad de Ravenna, en Romaña. . . . Gran literato era éste y sabedor de casi toda ciencia, aunque seglar: fué eximio poeta y filósofo, y perfecto retórico, tanto en el arte de escribir y versificar, como en el de hablar en público; muy noble decidor y perfecto en poesía, con un estilo pulcro y bello cual no lo hubo nunca en nuestra lengua, ni en su tiempo, ni después. . . . É hizo la *Comedia*, en que en elegantes rimas y con grandes y sutiles cuestiones morales, naturales, astrológicas, filosóficas y teológicas, y con hermosas inspiraciones y bella poesía, compuso y escribió, en cien capítulos ó cantos, sobre la existencia y el estado del Infierno, el Purgatorio y el Paraíso, con tanta grandeza como es decible, y como pueden verlo y oirlo los que tengan sutil inteligencia. Este Dante fué, á causa del saber suyo, un poco presuntuoso, displicente y desdñoso, y casi tan poco amable como un filósofo, no sabía conversar con las personas legas. Gracias con todo, á sus otras virtudes y á la ciencia y valor de tan gran ciudadano, nos parece que conviene darle perpetua memoria en esta crónica; además, las nobles obras que nos